

LAS SALINAS DE CARDONA, VISTA TOMADA DESDE EL PUNTO LLAMADO LAS GUIXERAS.

La parte del mineral de las salinas de Cardona en que se vé la sal descubierta, tiene media legua de estension, y de ancho sobre un cuarto de hora; pero teniendo en cuenta las señales que existen, tanto en la montaña como en sus alrededores, no se puede calcular hasta dónde puede llegar la sal, pues se manifiesta en la parte del Cierzo en la Coma, que dista del mineral once horas, en cuyo punto tiene principio el río Cardoner, que pasa por debajo de las salinas con direccion á Suria; en épocas de trastornos, á un tiro de fusil del nacimiento del río se ha sacado sal de piedra. A las vertientes de la Coma y pueblo de Cambrils, distante dos leguas escasas, hay una fuente abundante de agua salobre, que se calcula sea procedente del mineral de la Coma; y por la parte del Mediodia en Suria, que dista unas cuatro horas, hay otra mina de sal á la orilla del río, siendo de advertir que es de buena calidad y produce cristales como la del mineral. La montaña del Castillo por la parte de Levante se halla situada encima de la sal, tanto que en el día para construir la carretera que pasa por debajo del castillo á la orilla del río, se ha tenido que quitar una gran porcion de sal para hacer el firme, y aun así en épocas de mucha humedad padecerá, pues una beta de la misma pasa por el río. Sin embargo, en nada puede perjudicar al castillo y su montaña por tener éste una media legua de elevacion.

Dícese que la sal de esta roca es la primera conocida en el globo, pero no se puede decir el principio de su uso por el extravío de los documentos, ocurrido en las guerras y quemas de los edificios antiguos de las salinas; pero lo que puede afirmarse es que Plinio, por los años 78 de Jesucristo, hace mención de este mineral. De todos modos, no cabe duda que es la mayor maravilla de la naturaleza que posee nuestro país, pues á mas de no dar ningun gasto el arrancar de la sal para el público, por hacerse éste con barrenos como en las canteras comunes de piedra, por su flexibilidad, es mas fácil con la es-

plotacion, cuyo gasto hace en la actualidad el Excmo. Sr. duque de Medinaceli, y para ello y demás recompensas el gobierno de S. M. le dá mensualmente 21,019 rs. 21 mrs. vn.

A mas de la sal común, hay las montañas de sal de colores, al frente del mineral, formando varias montañitas de diversos colores, y en medio de éstas se encuentran algunas cristalizaciones que forman diferentes países; y en las montañas de las mismas hay minas que producen unos ramos de sal de espuma mas blanca que la misma sal, lo cual sorprende á todos los que vienen á visitarlas, tanto estráneros como nacionales, habiendo formado un Museo de ellas el presbítero D. Juan Riba, que causa la admiracion de todo viajero.

Antiguamente los duques daban anualmente á los habitantes de la villa la sal de Ayminas, que tenían para el consumo de un año, como asimismo á sus empleados y á los de la hacienda, la cual percibieron hasta el año de 1714. Esto mismo confirma lo que dice el conde Borrell en su carta-pueblo de Cardona, concediendo á los vecinos de la misma la sal que se sacase ó vendiese el jueves de cada semana, como ya de tiempo antiguo la disfrutaban. Y si en 900, que es la fecha de dicha carta, decía ya el conde Borrell la disfrutaban *ab antigua*, claro está que el descubrimiento de estas salinas se pierde en la memoria de los tiempos.

Con el mineral se elaboran diferentes objetos de lujo: D. Antonio Viñas y sus ascendientes se ocupaban ya en la misma operacion, de manera que puede decirse, que así como el Museo del Presbítero Riba es la admiracion de todos los naturalistas, así los trabajos de Viñas lo son de todos los artistas, ya por la habilidad que demuestran, ya por la facilidad en la ejecucion de cuanto elaboran.

Cardona 3 de setiembre de 1830.

LEIS MACÍAS

DON ANTONIO DE ACUÑA.

Entre los caudillos que se distinguieron en la guerra civil que en Castilla se llamó de las comunidades, fué uno el obispo de Zamora don Antonio de Acuña, célebre así por esto como por las circunstancias que acompañaron á su desgraciado fin. Nació este prelado en 1489, y fué hijo natural de D. Luis Osorio de Acuña, cuyos apellidos manifiestan el lustre de su familia, y de una noble doncella. Dióle su padre por ayo en su tierna edad á Juan de Zaazo, quien acaso lo crió consigo por el defecto de su nacimiento, y tal vez por esta misma causa lo dedicaron á la carrera eclesiástica, á que no debió de ser muy inclinado, como lo manifestó la conducta que observó en el tiempo sucesivo. Llegó á obtener el arcidiacono de Valpuesta, en la santa Iglesia de Burgos, y de esta dignidad fué promovido por el Pontífice Pío III en 1507 al obispado de Zamora, sin preceder la presentación del rey, por lo que el consejo, yendo él mismo á tomar posesión, mandó que el dean y cabildo no le tuviesen por obispo y proveyesen en toda como en sede vacante, y suplicó de las bulas por el perjuicio que se hacía al real patronato; pero al fin el rey D. Fernando vino en la elección, valiéndose á D. Antonio el modo con que manejó el negocio, en que dió ya indicios de su carácter bullicioso, inquieto y mal sufrido. Su ambición y deseo de dominar, que no supo reprimir cual á su estado convenia, lo empujó en hacerse el árbitro de Zamora donde moraba el conde de Alba de Liste D. Diego Enriquez, caballero de valor y amigo de gran honra. Indispuéséronse el obispo y el conde, y tuvieron fuertes encuentros de que nació tal enemistad, que jamás fué posible averarlos ni traerlos á reconciliación. El obispo, que á las cualidades que hemos indicado, reunia ser inclinado á las armas y á las revueltas, y era portante mas propio para manejar la espada que el háculo pastoral, aprovechó la ocasión que se le presentó de hacerse superior á su enemigo y lanzarlo de Zamora con las alteraciones de Castilla. Habiéndose formado la comunidad y estando sublevada Zamora, segun la voz de la Junta llamada Santa, y el obispo y el conde, cada cual por su parte, procuraban captarse la voluntad del pueblo, al cual era el último mas acepto por sus liberalidades, que le grangearon mayor número de valedores y amigos. Viendo el obispo en mas valimiento á su compeltidor, salió de Zamora, si bien Juan Ginés de Sepúlveda escribe que le arrojó de ella el conde porque trataba de tumultuar á los zamoranos, y tomando una resolución desesperada se dirigió á Tordesillas, donde estaban los procuradores de la Santa Junta, se confederó con ellos, y pidió le diesen favor para echar de Zamora al conde de Alba de Liste.

Fuó recibido el obispo por los de la comunidad con grande aplauso, porque juzgaban que con haberse unido á ellos un prelado tan principal en Castilla, acreditaban su causa. Diéronle gente y artillería con que el obispo volvió orgulloso sobre Zamora, de lo que avisado el conde de Alba no le quiso esperar por no dar ocasion á los males que de su permanencia hubieran resultado á la ciudad, y se marchó con los imperiales.

El obispo, declarado por la comunidad y esperando verse arzobispo de Toledo por premio de su alzamiento, juntó 500 clérigos de su diócesis bien armados, y además 4500 hombres, y se vestió á Tordesillas. De aquí salió con D. Pedro Giron para Villabraxima con intento de arrojar á los imperiales de Rioseco, y despues de haber estado á vista de esta villa sin que los contrarios aceptasen la batalla á que los provocaban, volvió á Villabraxima, á donde el presidente de la chancillería de Valladolid fué á persuadirlos se apartase de la comunidad, aunque sin fruto. Despues el mismo presidente y oidores volvieron á intentar la reduccion de los comuneros, enviando á Villabraxima á Fr. Antonio de Guevara repetidas veces, y la última haciéndolos varios partidos; el obispo de Zamora le contestó en nombre de todos y le despidió diciendo: «Padre Guevara, andad con Dios y guardaos no volvais mas acá, porque si venis, no tornareis mas allá, y decid á vuestros gobernadores que tienen facultad del rey para prometer mucho, no tienen comision para cumplir sino muy poco.» Tal fué el resultado de la mision del P. Guevara, debido en parte á las peroratas y arengas del obispo, en que manifestaba tener gran confianza en la comunidad.

Despues marchó á Villalpando, se halló con sus clérigos, que se habieron demodadamente en la defensa de Tordesillas, que fué tomada por el conde de Haro; entró en Paleocia, quitó las varas á la justicia, prendió al corregidor y alcaldes y puso otros de su mano. Con el favor de la mayor parte de la ciudad se tituló obispo de ella; le ofrecieron de la iglesia y obispado 16,000 ducados, y dejó en ella guarnicion de 2,000 hombres, como tambien en Carrion y Torquemada. Dió luego sobre la fortaleza de Fuentes de Valdepero: la combato y la rindió. Hacia despues una escursion á tierra de Campos, fué á Ampudia y espugos su castillo: pasó á Córdoba cobrando

violencias y desahucios, marchó luego á Zamora y Monzon, que gana y dá á saco, aunque perdonando á las personas, y tomó la vuelta de Torquemada y Magaz, devastando las poblaciones de los señores, y saqueada la iglesia de esta última villa, torna á Valladolid. De aquí partió para el reino de Toledo y á excitar los ánimos de los habitantes de esta ciudad, y sale á batir á D. Antonio de Zúñiga, gran prior de San Juan, que obligaba á los sublevados, y estaba en Yebes con una compañía de toledanos. Cuando llegó el obispo á esta villa, ya estaba Zúñiga en Ocaña, que había reducido al servicio del emperador. Entró en Ocaña con varia fortuna, y aun, segun D. Juan Antonio de Vera y Zúñiga (1), fué derrotada la gente del obispo; mas esbida la catástrofe de Villalar, éste marchó apresuradamente á Navarra y al rest de los franceses que habían favorecido este reino, para esperar á Francia provisto de muchas riquezas; paró estando en la raya y lugar llamado Villamediana, fué conocido y preso por un alférez llamada Perote, el cual lo entregó á D. Antonio Manrique, duque de Najera. Avisado el emperador de la prision, mandó que lo custodiasen en la fortaleza de Simancas con ánimo de perdonarlo á su tiempo, y durante su prision mandó á D. Francisco de Mendoza, obispo de Oviedo, que administrase el obispado de Zamora, y diese á D. Antonio de Acuña lo bastante de sus frutos para su manutencion, y lo restante fuese repartido en hospitales y obras de misericordia, como en efecto lo hizo.

Cinco años había que el obispo estaba en Simancas, y ya se le iba haciendo insufrible la prision; cuando desconfiando salir de ella por otro medio, trató de fugarse. Para esto juzgó necesario quitar del medio al alcalde de la fortaleza, nombrado Mendo Noguero, y resolvió darle muerte en ocasión oportuna. El licenciado Rodrigo Ronquillo, alcalde de casa y corte, que, como despues veremos, entendió en la causa del obispo, refirió al cronista Juan Ginés de Sepúlveda el medio de que se valió D. Antonio de Acuña para llevar á cabo su intento, que fué el siguiente: iba diariamente el alcalde, que era hombre anciano, al aposento del obispo á conversar con él y jugar á las damas; y un día para cuando fuese, segun costumbres, se previno al obispo de no salir del graseo de una lanza, al que hizo dos hendiduras en los extremos, donde fijó dos cortaplumas atándole fuertemente. Entrado el alcalde en el aposento lo acometió el obispo, y dándole un terrible golpe en la esbaza que lo derribó aturullado al suelo, lo degolló con los cortaplumas. Salióse apresuradamente, y ya llegaba á la puerta del alcazar, cuando le vió una criada del alcalde á cuyas voces acudieron los demás criados y vecinos, y el obispo fué vuelto á mas estrecha prision.

Corria el año de 1526, y el emperador se hallaba camino de Sevilla, cuando se le dió noticia de que el obispo de Zamora había dado muerte al alcalde de Simancas, de cuya nueva recibió grande enojo, refrescándosele además en la memoria las fechorias que había cometido, y encargó para que conociese en la causa al licenciado Rodrigo Ronquillo, el cual rebusó por algun tiempo la comision que al fin tuvo que aceptar, y principió el proceso en 20 de marzo. Para averiguar el hecho, acaso sin necesidad, hizo dar tormento al obispo, el cual confesó de plano la muerte del alcalde, y Ronquillo á los tres dias pronunció la sentencia y dijo: que visto como despues de haber el dicho obispo D. Antonio de Acuña hecho muchos escándalos y bullicios en estos reinos estando el emperador y rey nuestro señor ausente dellos, haciéndose espitan general, haciendo y juntando ejército de mucha gente de á pié y de á caballo en Castilla, y haber entrado y ocupado lugares y ciudades de la corona real y quitado las justicias de S. M. y puesto otras, combatido castillos y fortalezas peleando contra los gobernadores y capitanes y ejércitos, y penones reales de S. M. y saqueado lugares y hecho otros muchos insultos en el tiempo de las alteraciones y comunidades de estos reinos, y siendo principal persona en ellos; y aun despues de haber sido preso por ello, y puesto en la fortaleza de esta villa de Simancas donde agora está por mandado de S. M., y seido muy bien tratado y con mucha libertad de su persona, y como agora dignísimamente seyendo ingrato á las mercedes y buen tratamiento que S. M. le había hecho y mandado hacer, en la dicha fortaleza había muerto á Mendo Noguero, alcalde de la dicha fortaleza, muy cruelmente y por maneras nuevas y nunca pensadas; y cumpliendo y ejecutando lo que S. M. le mandó hacer del dicho obispo, le manda dar un garrote al pescozo apretado á una de las almenas por donde se quiso huir, de manera que muera su muerte natural, y usado que se lo utilizasen y á los agnadales que lo ejecutaren.

Era cosa no vista en España tratar así á un obispo, aunque delincuente, y por eso para que fuese menor el escándalo mandó el alcalde que la muerte se ejecutase en la prision. Cuando se le notificó la sentencia no se le notó turbacion, sino mas bien alegría, sin duda porque con la muerte pasó su odio de una vida calamitosa,

(1) Epitoma de la vida y hechos del lexítimo emperador Carlos V.

prorumpió en aquellas palabras del salmo: *Lactatus sum in lacte matris, in domum domini ibimus.*

Pocas horas antes de morir otorgó testamento ante Juan de Cuellar, por el cual fundó varias memorias: una en la iglesia de san Ildefonso de Zamora para que se dijeren misas por su alma, por las de sus padres y la del alcaide Mendo Noguero, á cuya mujer é hijos señaló doce mil maravedís de renta, é hizo otras muchas. Es de notar, como dice Gil Gonzalez Dávila en el teatro eclesiástico de la iglesia de Zamora, que en esta muerte no se hace mención de sacerdote que le confesase y que lo auxiliase para morir.

Los alguaciles ejecutaron la sentencia, y el verdugo que fué de Valladolid y se llamaba Bartolomé de Zaratán le dió garrote en medio de un repostero, dando fe de la ejecución el escribano de la causa Gerónimo de Atienza. Falleció á los sesenta y seis años y fué sepultado sin pompa ni acompañamiento alguno en la iglesia del Salvador, donde yace.

Esta muerte dió mucho que hablar en todo el reino por no haber sido degradado el obispo, ni condenado por sus jueces legítimos y competentes, sino por seculares, y así el emperador pidió su absolución al pontífice, la cual se le negó al alcaide Ronquillo, y se vió obligado á hacer dimisión de su destino. Al cabo de once meses vino el breve de Roma dirigido á D. Pedro Sarmiento, obispo de Palencia, para absolver al alcaide y á los demás ministros á quienes se impusieron ciertas penitencias y recibieron la absolución en hábito penitente yendo desde el convento de san Francisco hasta la Iglesia catedral en 8 de setiembre de 1527.

Luis María RAMÍREZ y LAS CASAS-DEZA,
de la real Academia de la Historia.

La limpia de Burguillos, que lavaba los huevos al freíllo.

Una mujer algun tanto reñida con el agua, y que no gasta á menudo sondas libras del jobon de Lucena ó de las jaspeadas barras de Málaga, es el finiquito de lo desagradable, el rigor de las desfachas para un marido, descoyunta las ilusiones de un amante, y pone párrafo aparte entre sus amistades más íntimas.

La hembra que se espanta del agua clara como los burros, gasta caroles en las uñas, rastras en el vestido, arañehos en la agua, y toba amarillenta en el nacar de sus dientes, aunque tengas un permito como plato de oro, cara de rosa y garbo de clavellito primal, es un ramo de flores marchitas, una granada ácida, uno de esos horriblos pajarracos de plumas verdes y doradas que pican la que buete y no á dobar.

¡Bendita sea la tierra, gloria del mundo y mapa de lo perfecto, donde vi la luz al levantar por la vez primera mis párpados, que allí se ponen las casaca enjabeladas como palomas, se aljofían los suelos de búcaro, se bruñan con zuma de oliva las puertas y el agua corre y salta en hilos de plata y aljofar por todas partes convidando á jugar con ella!

Dios crió las nubes para que se bañasen los espíritus puros del aire, como decían mis abuelos los árabes, y puso el agua en la tierra para que las mujeres se purificasen antes de ver á su amado: qué la limpieza del cuerpo es espejo de la pureza del alma y ós contento á los corazones, y saltora y garbo á los torneados maldembros.

Vanid sed las desaliñadas y enleacas, las perzozas y sucias.—¿No habeis visto mas de una vez, que á pesar de vuestra empañada belleza os ha dejado el galán, que ya picaba el cebo, por seguir el vientecillo fresco de unos bajos como el hampo de la nieve que pasaban marrauscando de un modo provocativo y suave?... ¿Dónde está el intringulis y el hem del aura popular que gozan las floreras, las floristas, las ribeteadoras, las costureras y bordadoras con toda la graciosa pleyada de aguja fina?... En esas caras frescas y limpias como la propia rosa primavera, en aquellos dientes que bruce el modesto gan quemado, en los rizos lustrosos hechos sin alifio y tan sentados como el raso, en el pánelo que ostenta los plieques de la plancha y rivaliza en blancura con lo que deja ver y advincar, en las rentas de Almagro y las puntas de feston color de espuma que las revuellos del garbo descubren, y en fin en aquellas medias inglesas blancas á la manera del vellón del arminio, que parece estar diciendo arriba está la gloria...

—Buena es lo bueno: ponga contra en su paagierico que mis razones tengo y por experiencia hablo.

Así me interrumpió un mi compadre y páisaco, hombre de buen humor, en sus tiempos de libre albedrío; pero asustadizo y meditabundo desde que meñinó la cabeza para sufrir la coyunda matrimonial.

—¿Compadre, cómo tal, le dije: pues no es su esposa modelo de las del pueblo en esto de pulcritud?...

—Quietó el perro, buen amigo, que mas sabe el loco en su casa que el cuerdo en la agena, y será V. capaz de hacerme saltar por los cerros de Ubeda.

—El entiendo un ardite de su intempestivo mal humor que me enmelen.

—Al fin lo diré, que me salta del pecho y me revolotea en la lengua, como bocado que quema. Oigame V. en confianza y por Cristo, que no lo haga meriendo de la botica. Encendamos un cigarro y derretaré el costal de mis culitas.

—Tome V. el sillón.

—Soy todo oídos.

—Pues, señor, V. sabe que juntos pasamos los primeros años y juntos hubiéramos seguido, á no haber V. tomado con mi hermano Frasquito el camino de la Universidad para gaztar la mitad del caudal en traer cuatro papelajos y muchas infulsas de Madrid, lo diga por mi hermano...

—Atelante.

—Me quedé al frente de la labor. En cuidar de la hacienda, domar potros, tantar toros y matar reses pasó el tiempo que ustedes, bien lo decía mi padre, empleaban en aprender de buena tinta que nosotros éramos unos bárbaros, porque no tomábamos café, ni jugábamos al billar, ni nos emborrachábamos con rom. Ya agenciaba lo que el mayor jugaba y trabajaba con entusiasmo mientras él hacía otras cosas que lo tienen enclenque.

Murió el abuelo y todo siguió lo mismo: no aprendí nunca lo bastante para llevar los bigules como Frasco, ni para ser diputado, y me alegro, pero él no comerá si yo no anduyese dando sombra de zano á sus tierras, ni crecerían sus rentas, ni gritaría tan alto contra los ministros en aquel salon para pariar si este cura no prestase trigo á los electores para salir de la cmiencia, ó no pagase los trimestres de toda el pueblo en el invierno para cobrar ó no cobrar en el agosto... mas al cuento volvamos: con veinte y cinco años á la cola, buena hacienda, humor alegre y mano franca; andando de feria en feria, de romería en romería pasaba la mejor vida del mundo; y Frasquito me envidiaba, porque eso sí, nos queremos como las sillas al corazon.

Dióme una mañana la tentación de casarme, nunca ficiera tal, y tropiezo, á poner los pies en la calle, con la hija del administrador de rentas.—Todos dicen que Sofia es un ángel...

—Y dicen la verdad.

—Pues á mí me pareció la reina del imperio celeste: la miré, me miró, la seguí, la hablé, consistió, y me casé.

—Compadre, eso fué un relámpago.

—Así salió ello. En los primeros meses todo iba bien; pero luego llegó la tragedia. Siempre andé en el campo ó en mis tratos y contratos, mas los ratos cortos que pasó al lado de mi mujer valen por cien siglos de infierno. Como no tiene que hacer y se halla á qué quiere hacer, le ha entrado la pulcritud, la limpieza y el arregio con tal fuerza que las entrañas se me achicharran.

—Compadre, no puedo creer...

—Oigame V. hasta el *laus deo* y juzgue:—En mi casa se friegan y aljofían suelos, puertas, poyos y ventanas todos los dias; y cáto-me V. dobiado con dolores reumáticos. El piso alto se bruñe con cera: se puede uno mirar la cara, eso sí; pero es menester antrar con el óleo á la espalda.—La semana pasada me reshale y se me disloró la muñeca izquierda, pues más se asustó y enturbió mi mujer por que desordené las sillas que por verme tendido á la larga y con los huesos molidos. Dijo que era castigo de Dios por no haber avisado para que segun costumbre viniese detrás una criada con plumero y cepillo limpiando las huellas que en el rojo encerado dejan mis zapatos de campo.

Si la traigo un manojo de rubias espigas, un tallo de oliva escachado de trama, un apinado grumo de las primeras cerezas, un ramo de flores frescas y esmelladas con el rocío temprano para que bendiga á Dios conmigo viendo tanta hermosura, paga mi cariñosa memoria con un grito nervioso, manda á una criada quitar al momento las frutas ó las flores de la mesa, y mientras me llena de improperios viene el carpintero á barnizar de nuevo la tabla de caoba.

Fumar en su presencia es un sacrilegio y cuenta que yo lo gazo de la Habana; al venir del campo me he de enjuagar con un brebaje infernal si ha de consentir que la hable. Escupir es necesidad desterrada en mi domicilio; mas de una vez he tenido tentaciones de hacerlo en la cara de mi suegra que es lo único negrozo y puero que allí se encuentra.

¿Sobri sea mudarme la ropa de calle? ¿Que si quieres?... ¿Sacar un pañuelo de mi cómoda, aunque la destitucion me riegue? ¿Beberría!—Una tarde empezó á armar sangre con las narices y tiré de un cepo con violencia historreando algunas cosa de lo guardado, por

—¡Oh! Sofia y le dió tal patina que abortó á los dos días y cóle una V. sin heredero.

Jamás toca con sus delicadas manos las llaves del granero; ni las de la bodega, y todo anda en poder de esos ladrones domésticos que llaman criados. El fustero, la despensa y la cocina, parecen teatro de una merienda de negros; pero en cambio mis zapatos viejos guardan correcta formación en sus roperos y se hallan cubiertos de blanquísimo paño, cual si fueran ojuelas moriscas ó bolas de queso fresco de mayo.

Maldito si lleva cuenta alguna con lo que entra ni lo que sale en una casa de buque como la mía, mas numera rigurosamente guñapos y retal que despreciaría un trapero. Por conducto de una criada, que ha de lavarse despues, muda los libros de asiento de la labor, y confinados los tiene á sitio donde perderse pueden, mientras que zaranda, cose y empapela los periódicos que nos envía Frasquito.

No eye misa, ni cumple con sus amigas por arreglarlos chineros, las bandijas de las consolas y las cortinas: se afana en coser flecos y no sitio que me envíe Frasco camisas de Madrid, porque la ropa blanca que una vez se me descose no hay quien le ponga coto con media puntada.

De la comida no hablemos: comé lo que vé cocinar, él por lo guarda en su traul, los manteles se extienden siempre de un mismo lado para que no se pongan los platos sobre lo que pudo estar en contacto con la mesa que es de marfil blanco. La confitería no trabaja para ella: buuelos han de ser de sus gallinas, y lavados; leche, ni verla. La fruta se ha de cortar por una de sus criadas de confianza y recibir en paño limpio. Ya no toma el brazo de nadie, ni aun el de su madre. Y hasta ha perdido el gusto que tenía para vestir, porque cuida menos de su persona desde que tanto arregla los alrededores.

—Compadre, repuse entonces con cierta malicia, pues está V. fresco.

—Con decirle, exclamó ofuscado, que para daria un beso necesito poco menos que sacar los labios por un agujero para que no se manche con mi contacto. Vea V. si tengo razon para quejarme de la pulcritud.

—Eso no es mas, amigo, que el consentimiento.

—Bonito genio ha descubierto con las pulcritudes: hace á cada hora que me acuerdo de Antañuela la Corsaria.

—Cuidado, hombre.

—Aquella al menos, segun dice un cuento, era ángel en la calle, santa en la Iglesia, hermosa en la ventana, honesta en la cara y demonio en la cama... (1).

—Ponga V. remedio y aparte tan negros pensamientos y tan infames memorias.

—No hay pararrayo para semejante tormenta.

—Mujer mia habla de ser, y perdouen sus mercedes el que me meta dónde no me dan vela: pero he sido su querir lo que pasa á mi lado y como lo veo con estos ojos que han de poder la tierra y somos hermanos de leche tambien, tengo roida el hígado.

Con estas ó semejantes razones nos interrumpió un mayoral de mi compadre que venia á traerle un mandado del cortijo.

—¿Y qué harías?

—Un remedio casero.

—Algun casamiento de brujas.

—¿Cál... la experiencia dice que no falla.

—Pues te juró que lo ha de ensayar...!

—Mira su merced, con un chopon de olivo como este, y eimbrea-ba el campesino una bordasca capaz de poner en gobierno á doce potros curules, se pone la señórica como una malva. Por probar: dele su merced dos tomas esta tarde y por la noche una en el bodegon por darle garto y fame virginal aunque se maree y trasiego las madres del viage mañana y oida pasado los turbios.

—Se ofrece á V. la receta del sainete Los deseos: es ocurrencia peregrina.

—Vete y no digas bestialidades ¡A Sofia que es tan delicada! ¡A mi mujer!...

—Húlese su merced cuanto quiera; pero porque es señórica y delicada le contará mejor: apuesto á que engorda y se pone como un laral veranuelo. —Aparaditamente el remedio tiene las propiedades de un yerba bionica que cura á todo el mundo y todas las enfermedades. Por la misma mesurada le habla de venir á las mil maravillas, pues yo estara buena á salvar. Mi basilio era un basilisco; pero con mi prudencia y un salfo ya no me sirve el látigo mas que de respeto y autoridad, y lo que es el apesador tiene á la Calobra, mas blanda que los nablitas. En fin, su merced ha de buscar la vara y la señórica tambien.

—Mi compadre me cuenta esto y rebozaba.

—Venga usted á un momento del otro lado.

Quedéme filosofando sobre las pulcras. Ello es lo cierto que todos los extremos son viciosos y que las mujeres exageran lo malo como lo bueno y todas son muy superlativas en sus acciones, sin que jamás tropiecen en el medio.

Voy á concluir este artículo y de seguro lector que quisiera te dijese antes si mi buen amigo y compadre aplicó el pararrayo de olivo á la pulera Soda, y cual fué el efecto de las diversas tomas de tan heróica medicina.

Misterio hubo en el lance: de parte de noche sintióse turbacion (segun los comadres de la vecindad) en la casa solariega de mi paisano. La suegra salió desmelenada y sin mantilla, vino el administrador de rentas con un baston muy grueso y quiso desafiar á su yerno, pero temiendo Sofia quedarse huérfana tomó partido por su esposo, que estaba gallardo en su actitud de cólera, y despidió á su padre con cajas destempladas.

Llegaron á poco las cuñadas, la dieron consuelos murmurando de mi compadre á quien no podian tragar porque siendo el mejor partido del pueblo nunca les dijo, de soltero ó casado, ahí te pudras, y Sofia conociéndoles la intencion, se conformó con la estension que al dominio marital habia dado mi amigo, trazó de él un brillante panegirico y concluyó con esta banderilla de fuego: —«En fin, mas vale sufrir un rango de mal humor, que todo es curiosa en quien tiene buen corazon, que no andar hecha una peluistrana y tener un Juan-baaz al lado: yo me entiendo.» De cuya pos-data nació una soberana tormenta que produjo la espulsion de la suegra y cuñadas del esposo.

No quiero creer (por miedo á mis lectoras) que la medicina del retoño de olivo haga milagros contra antojos y manías, pero ello es lo cierto que Sofia desde entonces sale asida cariñosamente del brazo de su marido y en el campo y el hogar se recuesta voluptuosamente en su hombro: monta á caballo con brio y buen parecer, caza, tiene la llave de graneros, bodegas y pajaros, gobierna la casa con la majestad de una reina y la gracia de un niño, come en el campo sobre el césped cuando la ocasion llega, y bebe á bruzas las puras linfas de los nacimientos, cuida mucho del orden en los gastos de la casa, y no tanto de los chineros y de la sala: trabaja menos y con mayor provecho, se hace adorar de los criados que la aborrecian por sus dengues, se adorna con gusto y riqueza y ha conquistado á todas sus envidiosas. Tiene un hermosísimo color, sus ojos arden, sus labios provocan y hacen perder el juicio al mas sensato si se sonrieu, sus formas han tomado la belleza de Niobe, y aun sospecho que mi amigo está con esperanzas fundadas de tener un heredero.

Se supone que la vehosa la alegría por todos los poros y suele aconsejarse en ocasiones contadas y graves con el mayoral médico.

El barbero, insigne bellaco, sostiene haber visto en la sala de estrado una vara de olivo con seda y flores vestida cual si fuera mano de santo ó respetuoso monumento de gloriosas hazafias.

Nada sé mas, lector carísimo, y me lava las manos: lo que acabo de escribir es un suceso y no pura invencion mia: si haces aplicaciones con lo pan te lo comas y no calga sobre mí la indignacion de tu cara mitad.

J. GIMENEZ-SERRANO.

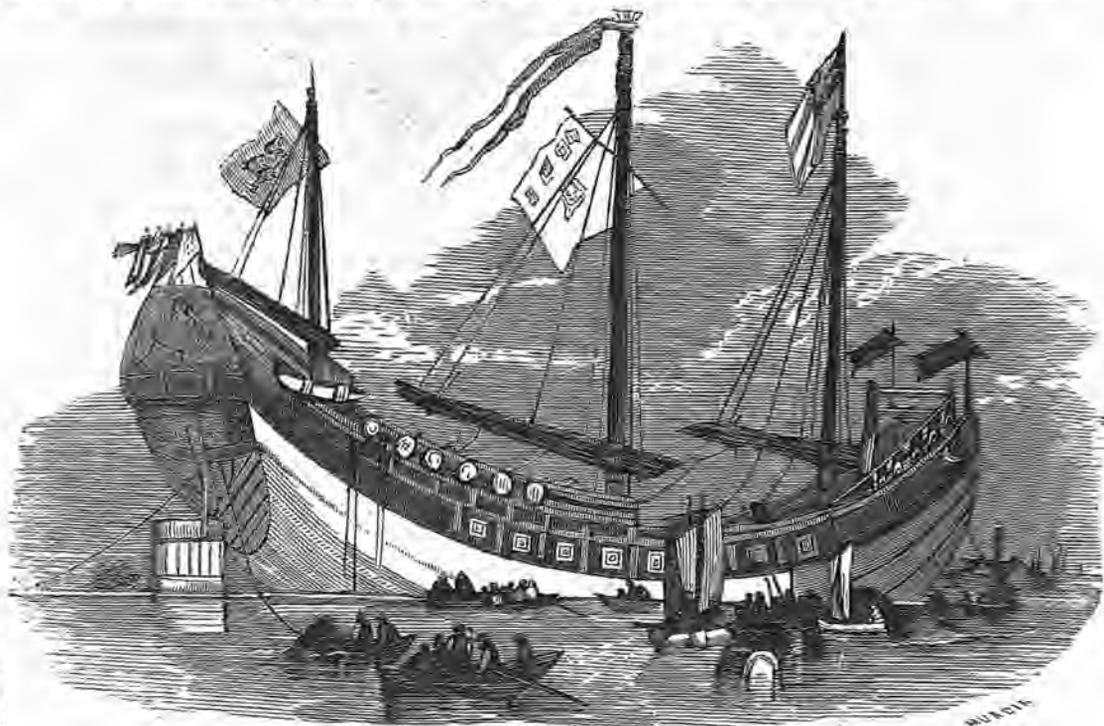
UN BUQUE CHINO EN LONDRES.

Al visitar á Londres en el mes de agosto último, estábamos bien lejos de sospechar que podríamos visitar tambien un buque chino, con su tripulacion de habitantes del celeste imperio, con sus muebles, sus armas, sus idoles, con todos los objetos, en fin, que lleva ordinariamente á bordo una gran embarcacion china. Es este uno de los objetos mas curiosos que hemos visto en nuestro último viaje al extranjero, y su recuerdo nos hace esperar que podremos ofrecer á los lectores del SEMANARIO una descripcion curiosa y entretenida del «*Kyde*» ó juncó chino.

Si cualquiera hubiera tenido hace algunos años la audacia suficiente para predecir que Londres habia de tener dentro del recinto de los Duques de la India del Este, un juncó chino con su tripulacion y aparajos, el profeta hubiera sido tachado de visionario. Sin embargo, ello es que Londres ha llegado á tener uno, sometido á la inspeccion pública, despues de haber recorrido en su viaje desde el celeste imperio hasta las islas británicas, una longitud igual á la del circulo del globo. No hace mucho tiempo aun que estaba espuesta á ser el Kyde-Park una calacion poca á interesante de curiosidades chinas. Estas eran cosas, sin embargo, que podian ser empaquetadas y transportadas con una facilidad regular de una parte del mundo á otra: la dificultad de traerlas á Inglaterra dependia mas bien de las precau-

riones de sus dueños que de cualquiera otra causa. No sucedía así con la adquisición del Junco: el dinero era lo menos importante de este asunto. Los verdaderos compradores de este buque fueron M. M. Kellet, T. A. Lane, Revett, y Lapraik, y se necesitaron las

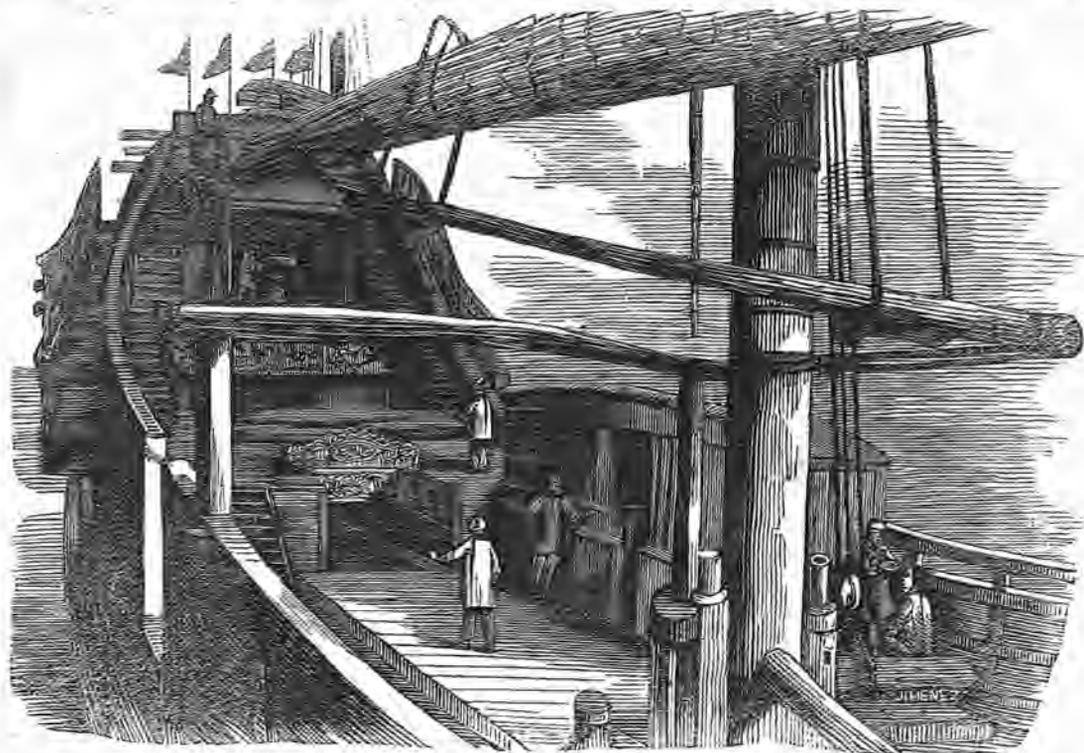
mayores precauciones, tanto para comprarle como para traerle. Sin embargo, ningún obstáculo pudo retraer á estos señores: perseveraron en su intento, y un éxito feliz coronó sus esfuerzos. Los chinos parecían tener una repugnancia insuperable á salir al extranjero con



Exterior del junco chino.

sus buques excepto para el comercio. El atrevido proyecto de traer uno de estos á Europa para enseñarlo, no entró nunca en el limitado círculo de sus cálculos. Pero en cuanto se supo que estaba cargado sólo con lastre, se suscitaron sospechas sobre su destino verda-

dero, y se empleó toda clase de esfuerzos para impedir el viaje. El soborno es muy eficaz en China, como sucede en todas partes, y por este medio fué como se consiguió que el «*Keying*» pasara por los fuertes de Boque sin tropiezo alguno. Le mandaba el capitán



Vista sobre cubierta en el junco chino.

Kellet, y sólo á su habilidad, valor y perseverancia, practicadas en el más alto grado, debemos agradecer los que no hemos visitado nunca aquellas regiones remotas, el tener la grata ventaja de ver este objeto de curiosidad desde un bote hasta ahora. En todas las dificultades

y peligros que ocurrieron con suma frecuencia en el viaje, halló el capitán Kellet un firme apoyo en Mr. Revett, que permaneció constantemente con él, y fué participe de los peligros.

Su tripulación consistía de 15 chinos y 12 marinos ingleses con

sus oficiales. Como los chinos no habían emprendido nunca hasta entonces un viaje tan largo, era necesario conservarlos de buen humor y hacerles tomar su trabajo con afición. Sin embargo, antes de que llegasen la escritura de su enganche, tuvo que comprar el capitán Kellet, por un precio exorbitante, hoja de estaño, papel plateado y otros objetos, para las prácticas de su culto. Al principio eran muy esmerados en las ceremonias de sus costumbres idólatras, quemando papel, tocando los gongos, etc., en honor de sus dioses; pero paulatinamente se fueron despreciando considerablemente. Mejor se puede decir que se abandonaron voluntariamente, cediendo á las instigaciones del capitán Kellet. Una de las supersticiones más comunes y de más impotencia para ellos, era la de creer en la eficacia de atar girones encarnados en la obra muerta, cables, mástiles y partes principales del buque, considerándola como una salvaguardia contra el peligro. En una ocasión en que tenían ser atacados por una embarcación de Malaya, ataron girones encarnados á los cañones, y presentaron una seguridad completa. Uno de los objetos de su mayor veneración era la brújula. Se acostumbraron gradualmente á la brújula europea, y dejaron todas las suyas, menos dos, que fueron marcadas á petición suya, con los 32 puntos en figuras chinas y 8 divisiones.

Acostumbrados solo á la navegación costera, como les sucede á la mayor parte de los marineros chinos, están poco prácticos en la vela y cuidado que requiere un viaje en alta mar. Sin embargo, al principio, el Ty Kong ó piloto, acostumbraba cojer tres rizos en la vela mayor, y arriar la mesana. Toda la tripulación se iba entonces á la cámara, dejando solo al timonel sobre cubierta. A media noche se preparaba una cena, cuando se despertaba á los que estaban durmiendo, y después que concluían de cenar, se relevaba al timonel, y los demás regresaban á sus cuartos. Hicieron fuertes objeciones, á intentaron una insubordinación, cuando se reformó este sistema vicioso.

Como el *Keying* es el único juncó que ha llegado á cruzar el Atlántico desde la creación del mundo, parece oportuno mencionar detenidamente las épocas en que salió y entró en ciertos puertos en su viaje largo y sorprendente. — Se dió á la vela de Canton el 19 de octubre de 1846; de Hong-Kong el 6 de diciembre del mismo año; pasó por Java el 26 de enero de 1847; dobló el Cabo el 30 de marzo, y echó el ancla en Sta. Elena el 17 de abril. Aquí fué visitado por el capitán Ross y el Sr. Carlos Holham con sus acompañamientos respectivos. « Todo el día 19 de abril, dicen los asientos del diario de navegación del buque, hubo una afluencia tal de curiosos á visitarle que pasaron de 5,000. » Aquí permaneció hasta el 25, en cuyo tiempo tuvo el capitán Kellet algunos disturbios entre su gente, tanto ingleses como chinos, negándose algunos de los primeros á trabajar, y deseando los últimos marcharse del buque, y sólo con la intervención del magistrado de policía de la isla, el mayor Barnes, volvieron al cumplimiento de sus deberes. Pasó la línea en la longitud de 17° 40' O el sábado 8 de mayo.

La intención del capitán Kellet era que el *Keying* fuera directamente á Inglaterra, y se espusiera allí antes que en ninguna parte; pero el estado revoltoso de su tripulación, y la escasez de víveres le obligaron á hacer escala en algun puerto americano. Eligió Nueva York, adonde llegó el 9 de julio de 1847. Después de una permanencia de siete meses, cuya última parte fué invertida en Boston, salió de aquel puerto el 17 de febrero de 1848, en cuya ocasión recibió el capitán Kellet las mayores atenciones y favores de M. M. Forbes, Lamb y Weekes, caballeros americanos. Los primeros prestaron su buquecillo de vapor para remolcar el *Keying* hasta unas 60 millas.

En el curso total de su aventurero viaje, probó el *Keying* que era un excelente buque; sufrió varias tormentas violentas, y todas las aguantó perfectamente. En los 17 días primeros variaba de ligereza desde 2 á 8 nudos por hora; la mayor parte de las 3 últimas semanas escasamente andaba dos nudos. El 16 de marzo de 1847, estando el tiempo en calma, y la brisa tan débil que apenas andaba el juncó un nudo por hora, todos los hombres estaban ocupados en bajar al timonel á examinar las cuerdas de él que estaban en buen ó mal estado, precaución necesaria para poder aguantar la mar de leva que tenían la seguridad de hallar al doblar el cabo de Buena Esperanza. Poco después empezaron unos rientos fuertes con tiempo borrascoso, y en la noche del 22 de marzo redobló el viento su furor; hubo relámpagos y truenos, y volviendo repentinamente el viento hácia el sudoeste, estalló un verdadero huracán; se arriaron todas las velas, excepto la de trinquete, hasta que aplacándose un poco el tiempo, permitió que se saltara mas trapo. En esta ocasión se necesitaron 25 hombres para manejar el buque. El 10 cogió un viento favorable que le llevó hasta Sta. Elena.

El 2 de julio de 1847, cerca de la costa de América una ráfaga violenta le obligó á echar al mar 8 baulces de agua de aljibe, y lo-

do lo que había sobre cubierta tuvo que ponerse á buen recaudo. El buque llevaba una máreca muy pesada, pero no hacía agua.

(Continuad.)

EL POETA LIRICO.

Los poetas son unos sublimes ignorantes.
Houselle.

El poeta nace como nace el carbonero, ser con quien tiene mas semejanza de la que parece. Esto no admite duda. Todos nacemos del mismo modo, salvo las posturas con que salimos á la luz pública; pero ello es que todos salimos de una misma parte, así como todos en una misma parte entramos al concluirse los días de nuestra mezquina existencia. Sin embargo, el poeta se distingue de los demás hombres hasta en el nacer y en el morir. El poeta, pues, no es hombre. Asistió al parto de una mujer que tiene la fortuna de arriar al mundo un hijo de Apolo, y no se nos pongan boscós los maridos, que estos nenes son hijos de su padre-Dios, no por obra de varón, sino milagrosamente. Asistió al parto, digo, y véis al alumno de las musas que aparece al mundo en una postura que indica á los claros, si no quién es, quién ha de ser al menos. La mano izquierda apoyada en la mejilla, la pierna derecha estendida sobre la izquierda, el cuerpo inclinado hácia atrás, el labio superior ligeramente plegado, y la mano derecha acariciando la blonda cabellera, porque es de advertir que todos los poetas nacen ya con pelo, á imitación de varios animales que deben á la naturaleza tan extraño beneficio. Su flauto es espeso y su quejido bronco, sus movimientos bruscos y su tamaño desmesurado para los fetos de la raza humana. No nos cansaremos en pintar los dos primeros meses de su carrera vital; basta decir que nadie dudaría que fuese poeta al oírle decir con voz cavernosa: — *mamá, cacá.*

Su papá, que conoce que el chico ha de ser poeta, retarda su educación, porque los poetas no necesitan estudiar. A los ocho años empieza á leer, y á los dos meses lee de corrida las fábulas de Iriarte, único libro que pillan sus manos durante su vida. Ya á los diez años dirige á su abuela la siguiente copla la noche de Navidad:

Tengo que echar unos versos
Por encima de una jarrita,
Para que Dios dé mucha salud
A mi querida abuelita.

¡Babu! ¡brabu! esclama asombrado el auditorio; ¡qué precocidad! ¡qué talento! ¡qué instrucción! y otras cosas por el mismo estilo, dedicadas todas á dar á conocer al chico que ya ha llegado al templo de la inmortalidad. Desde entonces no pierde ocasión: el perro que ladra, el canario que pía, la criada que barre, todo cue bajo su número poético, y todo halla en la frente del poeta digna interpretación. Su cuarto no es el *tejar de comedias*, como dice Moratin, sino la *fábrica de buñuelos*. Lluven versos como chinchas y chinches como versos; y entre los buñuelos-versos y el poeta-chínche, se arma tal galletimias poética, que ni Apolo le entiende ni el mundo le admira. En cambio la madre del génio elogia sus elucubraciones, el génio toma cierto aire de suficiencia, los versos cierto sabor de barbaridad, y la musa castellana una indigestión que solo puede compararse al torrente poético del poeta lirico de 12 años.

Hemos llegado á la edad crítica del poeta. A los 15 años, término medio de su carrera literaria, escoge entre Arolas y Espronceda, entre la dulzura pastoril y el ardor bético; puede pasar en el primer caso, en el segundo es insufrible. Hasta esta época el poeta lirico no ha publicado composicion alguna; todas han muerto en su gabinete, y todas, una por una, han caído en el olvido hasta del mismo ser que las dió la vida.

El poeta ya en este estado aguarda una ocasión propia, un momento oportuno en que poder llamar á las puertas del templo de la gloria. Llega por ejemplo el día 2 de mayo, y gracias al aniversario de la muerte del valor español, publica en un periódico de la tarde su primer *vello cogido*. Si el poeta elige el género de Garcilaso y Melendez Valdés, empezará así....

Sabroso día del valor sabroso,
Recuerdo ameno de la grata historia
Del hispano mortal; dulce regalo
De la tranquila gloria....

Esto no enseña nada, es verdad, pero en cambio demuestra que su autor ha de ser siempre melindro y pegajoso, que en un entierro como en una batalla, que en una elegía como en una oda, sus frases están miel, sus palabras jales y sus composiciones ni roas ni menús.

que sustancia de arroz. (Salvo la parte insustancial de dicha sustancia).

Si el poeta en cambio prefiere á Breilla y á Plácido, cantará á los mártires de la independencia española del modo siguiente:

¡Roto el rojo pendón, rauda el estruendo,
Rimbombas por do quier! cabe el profundo,
Ruje la tierra, y se desgaja el mundo!

Esto en poesía se llama libra.....

El poeta, apenas publicada su composición, compra 80 ejemplares del periódico, que conserva como oro en paño en lo mas recóndito de su armario, y destina ya un sitio exclusivamente dedicado á colocar en él todos los destellos de su fecunda musa.

Puede darle al poeta lírico tambien por filosófico, y entonces, sin que esto tenga nada que ver con los dos géneros arriba dichos, la religion, la sociedad, el hombre, todo es para él poco menos que ridiculo, en todo vé miseria, en todo lodo, en todo inmundicia. No raya tan alto como el escritor fiel del alma, pero en cambio es mas constante, asiste á un bautizo y dice:

¡Los hombres nacen! miseria.....

Va á un entierro y añade:

¡Mueren! miseria tambien....

Y es cosa de nunca acabar.

De todos modos, apenas el poeta vé y remira en letras de molde, su nombre celeberrimo, se estira y perfila, se compone y se peina; el día 3 de mayo se pone camisa limpia, y vá mirando á todos como diciendo «Ego sum»: yo soy el feliz mortal, yo el que te espantó ayer con sus bramantes pensamientos, ó el que te adormió con sus suaves melodias... yo soy en fin el poeta.

De 15 á 16 años y en algunos casos, muy pocos, hasta los 16 y medio, las composiciones se reproducen y se multiplican al infinito; en un mismo dia suele tener el poeta *esperanza*, *desesperacion*, *melancolía*, *idrofobia*, y otras mil cosas que llevan por título sus infinitas composiciones. El poeta en cambio es uno de esos hombres que tienen cosas. Puede faltar á una promesa, olvidar un juramento, apostatar de una creencia, todo es licito porque haga lo que quiera, el mundo ha de esclamar «cosas de fulano, ya se vé, es poeta». Y como si la poesía estuviese reñida con la formalidad y la honrría de bien, todo lo malo, lo descabellado y lo informal está disculpado en el poeta.

Hemos dejado al *ser* que nos ocupa, en la edad crítica; á los 16 años se hace ya preciso publicar un tomo de composiciones: seguimos todavía explicando al poeta segun sea fuerte ó dulce. Si es lo 2.º, empieza á hacer visitas á todos los escritores de nota: por la mañana en la cama, por la tarde en la mesa, por la noche en el teatro, á todas horas al lado de algunos de esos *non plus ultra* literario, no para, no sosiega hasta que no consigne que le hagan un prolegnito, cuatro palabritas, una advertencia preliminar ó un prefacio para colocarlo á la cabeza de su libro. Suele suceder que como nunca se toma el prólogoista el trabajo de revisar lo contenido en el tomo suele equivocarse y decir que las poesías del autor Z. son de lo mas virulento que se conoce, que lo que hay mas que admirar es la valentía, el fuego y otras cosas que ni el autor las ha sentido nunca, ni piensa sentir las en toda su vida.

Tambien acontece que el encargado del prólogo es un hombre que tiene por enemigos al género humano, ó que él es del género humano el único enemigo. Entonces ya le ha caído la lotería al editor del tomo. Seis pliegos contendrá el prólogo, lleno todo él de improperios contra los que no conocen el mérito (del prologoista), contra los infames (enemigos del prologoista) que tienden á ocultar el saber (del prologoista) y contra los mezquinos seres que desprecian (al prologoista) todo lo bueno (del prologoista.)

De esto resulta, que nadie tiene valor para tragarse tres mil versos tras tres mil párrafos de prosa, y el poeta muere olvidado en el rincón de las librerías.

Si el poeta pertenece al género fuerte, entonces renuncia á la idea de prologuar su obra. Encabeza él mismo un tomo diciendo:

«De nada sirve que digan que mis poesías son buenas, si no lo son; por consiguiente, juzgue el público.»

Esto tiene una contra tambien; y es que el lector, apenas lee los dos rengiones citados, adviuna el género de todas las composiciones y no se molesta en leerlas. De ambos modos un tomo de poesías es un eclipse de sol invisible. El autor es el único que le vé, así como Dios es el único que puede ver el eclipse.

El único consuelo que tiene el poeta, es el de regalar á diestro y á siniestro tomos, y hacer que su nombre se aprenda gratis. Aquel literato que ha recibido la obra, declara en *plena café* que el poe-

ta Z. es el único regenerador de la literatura española, y hay casos en que hasta se imprime semejante elogio.

Desde este momento, el poeta lírico no habla mas que en verso, improvisa en todo y por todo, y hace la oposicion en todos los premios poéticos. Esto ya pertenece al poeta *certámen* de quien otra vez nos ocuparemos. Por hoy, basta decir, que probablemente no se ganan nunca los premios con la pluma, sino con la boca. Esto es, que el poeta necesita mas bien de empeños que de versos para merecer la gloria del combate.

Toda la vida del poeta lírico se reduce á la reproduccion de lo citado, y por consiguiente, es inútil que nosotros nos entretengamos en pintarla.

En otro tiempo, el poeta lírico, ó moría de hambre ó se ahorcaba; ahora, ó se muere de una pulmonía al salir del café del Principe, ó fallece podrido. Esto es segun la *fibra* del susodicho.

De todo esto se deduce, que el poeta lírico es en el dia, ni mas ni menos que un reloj de sol en una noche de diciembre.

L. MARIANO DE LABRA.

EN EL CASTILLO DE SALVATIERRA.

¡Por qué vengo á estas torres olvidadas
A hollar de veinte siglos las ruinas
Espantando al subir con mis pisadas
Las felices palomas campesinas?

¡Oh! Walla! ¿no es verdad que prisioneras
La esclava del feudad y la del moro
Pobres mujeres de remotas eras:
Regaron estas torres con su lloro?

¡Qué perdido tu trono por Rodrigo
Y derrotado el moro por Fernando
De tan largas batallas fué testigo
La misma torre donde estoy cantando?

¡Que inmóviles aquí tantas mujeres
Tanto llanto vertieron de sus ojos
Como sangre vertieron esos seres
Que arrastraron de Roma los despojos?

¡Y que tendiendo sus amantes brazos
Al árabe y al godo que morían
Y arraucando sus locas á pedazos
En inútil dolor se consumían?

¡Y que tras tantos siglos de combate
Que empedraron de fósiles la tierra
Subo á la misma torre de la Sierra,
Aún á pedir tambien nuestro rescate?

¡Ay! Que desde aquellas hembras que cambiaron
Pidiéndolo, cual yo, de esta almema
Ni un eslabon los siglos quebrantaron
A nuestra anciana y bárbara cadena.

Y ya es preciso para hacer patente
La eterna condicion de nuestras vidas
Unir las quejas de la edad presente
A las de aquellas razas estinguidas.

¿Quién sabe si en la choza y el castillo
Contemplando estos bellos horizontes
Fuimos por estas sierras y estos montes
Mas dichosas en tiempo mas sencillo?

¿Quién sabe si el fundar el ancho muro
Que libertad al pueblo le asegura
No nos trajo á nosotros mas usura
Quitándonos el sol y el aire puro!.....

Palomas que habitáis la negra torre,
Yo sé que es mas risueña esta morada
Y ya podéis bajando á la esplanada
Decir al mundo que mi nombre borre.

Yo soy ave del tronco proualiva
Que al pueblo se llevaron prisionera
Y que voló á esconderme fugitiva
Al mismo tronco de la edad primera,

No pudo el mundo sujetar mis alas ;
He roto con mi pico mis prisiones
Y para siempre abandoné sus sales
Por vivir de la sierra en los peñones.

Ya libre y sola , cuando nadie intenta
Salir de las moradas de la villa ;
He subido al través de la tormenta
A este olvidado tronco de Castilla.

Yo la gigante sierra traspassando ,
Lastimados mis pies de peña en peña ,
Vengo á juntarme al campesino bando
Para vivir con vuestra libre enseña.

Comeré con vosotras las semillas ,
Beberé con vosotras en las fuentes ,
Mejor que entre las rejas amarillas
En las tablas y copas relucientes.

Iremos con el alba al alto cerro ,
Iremos con la siesta al hondo valle ,
Para que el sol al descender nos balle ,
Cansadas de volar en nuestro encierro.

Nadie vendrá á decir qué fué de Roma (1) ,
Ni llegará el francés á la montaña ,
Y las nubes que bajan á esta loma ,
Me ocultarán también la faz de España.

Aquí no han de encontrarme los amores ,
Aquí no han de afligirme las mugeres ,
Aquí no pueden los humanos seres
Deshacer de estas nubes los vapores.

Es un nido que hallé dentro una nube ,
Mis enemigos quedan en el llano
Y miran hácia aquí , ¡Miran en vano !
Porque ninguno entre la niebla sube.

Yo he triunfado del mundo en que gemía ,
Yo he venido á la altura á vivir sola ,
Yo he querido caer digna aureola
Por cima de la atmósfera sombría.

Por cima de las nubes nos hallamos ,
¡ Libertad en el cielo proclamamos !
Las mismas nubes con los pies hollamos
Las alas en los cielos estendemos.

Bajen hasta el profundo mis cadenas ,
Circule en el espacio el genio mío ,
Y haga sonar mi voz con alto brío
La libertad triunfante en mis almenas.

Mas... ¿ por qué me dejais sola en el cielo
Huyendo del castillo á la techumbre ?
¿ Por qué se agolpa aquí la muchedumbre ,
De pájaros errantes en el suelo ?

¡ Oh ! que estrépito es ese que amedrenta ,
La torre se estremece en el ruajeño...
He perdido de vista el firmamento...
Me envuelve en sus entrañas la tormenta.

La torre estalla desprendida al trueno...
La sierra desaparece de su planta...
La torre entre las nubes se levanta
Llevando el rayo en su tonante seno...

El terrible fantasma hácia mí gira !...
¡ Tronando me amenaza con su boca !...
¡ Con ojos de relámpago me mira !...
Y su luz me deslumbra y me sofoca !...

El rayo está á mis pies y en mi cabeza !...
Ya me ciega su lumbré ya no veo !
¡ Ay ! sálvame , señor , de este mareo
Que le falta á mi orgullo fortaleza !!

Bájame con tus brazos de la altura
Que yo las nubes resistir no puedo !
Sacáme de esta torre tan oscura
Porque estoy aquí sola y... tengo miedo !!!

CAROLINA CORONADO.

Castillo de Salvatierra 1849.

EL MISSISSIPPI.

Un Europeo se paseaba á la orilla del río Mississippi, en su corriente es muy rápida, y preguntó á un natural del país:

— ¿ Cómo se llama ese río ?

— « Señor, le respondió el Indio, no es necesario llamarlo, bastante de prisa viene. »

RASGO HEROICO DE UN CONFESOR.

Enrique IV, rey de Francia, decía un día á su confesor el Padre Coto:

— « Padre, ¿ revelaréis la confesión de un hombre, que os hubiera anunciado la resolución de asesinaros ? »

— « No, respondió el virtuoso eclesiástico, no la revelaré; pero correría á ponerme entre V. M. y el puñal del regicida. »

Respuestas como ésta no necesitan comentarios ni elogios.

ASTUCIA DEL CARDENAL MAZARINO.

Sabido es que la pasión dominante de aquel hombre era la avaricia. Habían escrito contra él libros terribles, fingió estar muy irritado, y mandó recoger todos los ejemplares posibles, los cuales hizo vender despues secretamente, sacando de ellos un producto de 40,000 escudos.

EL AUMENTO DE FAMILIA.

Luis XV, rey de Francia, le preguntó á un artesano por la mañana qué cuantos hijos tenía. « Cuatro, señor. » El rey le volvió á dirigir en público aquel día la misma pregunta otras tres veces, y el cortesano contestaba siempre. « Cuatro, señor. » Ya por la noche estando jugando, le volvió á preguntar el rey: « ¿ Cuantos hijos tienes ? » Señor, contestó esta vez el cortesano, « tengo seis. » ¿ Cómo ? pues yo creí que me habiais dicho que cuatro. « Señor, es que he temido fastidiar á V. M. si le decía siempre lo mismo. »

LA GRAVEDAD.

La Rochefoucault ha dado esta definición: « La gravedad es un misterio del cuerpo inventado para disimular los defectos del alma. » Confucio, filósofo chino, la considera bajo distinto punto de vista y dice: « La gravedad no es mas que la corteza de la sabiduría; pero la conserva. »

DIVISIONES DE LA IGNORANCIA.

Hay tres clases de ignorancia; que son: no saber nada; saber mal lo que se sabe; y saber cosas distintas de las que se deben saber.

EL COCHERO DE FELIPE II.

Felipe II, monarca cuyo carácter nos pinta la historia como severo é imperioso, le dijo á su cochero en una ocasion, al salir de Madrid para el Escorial, que queris hallarse en este punto á cierta hora que le indicó, estando ya el cochero en la mitad del camino, vió que se aproximaba la hora; prodigó sendos latigazos á sus mulas, y se enfadó con ellas hasta el extremo de dirigirles nombres con la misma furia que un carromatero. Furioso ya, las dijo golpeándolas con la fusta: « Arre, mulas de alcahuete. » El rey oyó esta frase, cuando llegó al Escorial le preguntó al cochero: « ¿ De qué son esas mulas ? » Acordóse entonces felizmente el cochero de lo que había dicho en el camino y contestó: « Señor, son mías. — « Si son tuyas, replicó el rey, guárdatelas; no quiero yo tener en mi coche mulas de alcahuete. » La sangre fría del cochero le valió un trónco de mulas magnífico, y le salvó la vida, porque si hubiera contestado que las mulas eran del rey, sin duda le habria hecho castigar.

ADVERTENCIA.

Con el número anterior se remitió á los suscritores de provincias y con el presente se reparte á los de Madrid, el nuevo prospecto del SEMANARIO É ILUSTRACION, y del periódico diario que con el título de LAS NOVEDADES fundamos para distribuirle por vía de obsequio á nuestros suscritores. Hoy tenemos la satisfacción de anunciarles, que entre otros elementos ventajosos reunidos despues de hecha la primera tirada de prospectos de LAS NOVEDADES, hemos logrado adquirir para la seccion satírica, crítica y de costumbres, que se publicará todos los lunes, la colaboracion eficaz de los señores D. NORDO LAFUENTE (Fray Gerundio), D. ANTONIO MARIA SEGOVIA (El Estudiante), D. JUAN MARTINEZ VILLEGAS y D. LEIS MARIANO DE LIBRA.

(1) Era cuando el Lombardo de los franceses.